



LECCIÓN 48 No hay nada que temer.

Comentario de Sarah:

La Lección de hoy refleja claramente por qué no hay nada que temer. Se remonta a la Lección de ayer: "**Dios es la Fortaleza en la que confío**". (L.47) "**La presencia del miedo es una señal inequívoca de que estás confiando en tu propia fuerza**". (L.48.3.1) El miedo se basa en la culpa, y la culpa exige castigo. Cuando nos vemos como culpables, proyectamos la culpa y esperamos el castigo a cambio. Si queremos vivir sin miedo, debemos abandonar la culpa. Esto significa que primero tenemos que tomar conciencia de ella. También es esencial que veamos cómo la culpa está ligada a nuestra inversión en ser un yo único y separado.

Cuando elegimos soñar, que fué la elección de la separación, tuvimos que poner obstáculos entre nosotros y Dios. El miedo, la culpa, la vergüenza y el juicio fueron vistos como herramientas efectivas de separación. Con nuestra identificación con el cuerpo, se ven claramente las diferencias con otros cuerpos. Todo esto contribuye a la experiencia de un yo separado, haciendo lo mejor que podemos en un mundo indiferente. Esta vida de culpa y miedo, a la que nos hemos acostumbrado, ya no nos sirve y ahora reconocemos que debe haber otra forma de vivir la vida. Ahora estamos más dispuestos a ver cómo bloqueamos el amor en nosotros y liberamos los obstáculos en el camino para que podamos experimentar más paz y alegría. Con prontitud y disposición, existe un fuerte deseo de observar la mente en busca de pensamientos que interfieran, para que podamos encontrar nuestro camino hacia más y más paz.

Durante mucho tiempo hemos invertido en nuestra independencia, pero está construida sobre un terreno muy inestable. Como dijo Jesús ayer: "**¿Qué puedes predecir o controlar? ¿Qué hay en ti con lo que se puede contar? ¿Qué te podría capacitar para ser consciente de todas las facetas de un problema, y de resolverlos de tal manera que de ello sólo resultase lo bueno?**" (L.47.1.2-4) No podemos. No tenemos ese tipo de habilidad, no importa cuánto intentemos desarrollar habilidades para resolver problemas, no importa cuántas habilidades aprendamos, y no importa cuánto poder mental tengamos. Es imposible que tengamos ese tipo de perspectiva en la que podemos conocer todas las facetas de cada problema. Siempre hay sorpresas desagradables, que traen más miedo, ansiedad y depresión. Todo comienza con la culpa en la mente. El simple hecho es, que solo hay un problema y, por lo tanto, solo una solución. El problema es la culpa de la separación, y la solución es recordar quiénes somos. Es recordar nuestra santidad.

Jesús nos dice que la idea de hoy es simplemente declarar un hecho, aunque no es un hecho para nosotros. Esto se debe a que todavía creemos en las ilusiones, lo que significa que creemos que este mundo es real y puede lastimarnos. El cuerpo puede lastimarse, pero el cuerpo no es lo que somos. La aparente realidad de este mundo nos da razones aparentes para temer, siempre y cuando sigamos creyendo en ella y en nuestra propia identidad separada. El miedo aparece cuando algo en lo que estamos invertidos o apegados nos es arrebatado o algo que queremos no está disponible. Sin embargo, Jesús dice, en verdad, no hay nada que temer. Para obtener esto,

necesitamos comprender la metafísica del Curso: que este mundo de ilusión no es real. Mientras se nos dice esto, no es hasta que experimentemos nuestra santidad que sabremos que el mundo no es más que una ilusión, y si todo es solo nuestro sueño, realmente no hay nada que temer. No es diferente a despertar de una pesadilla en la que en nuestro estado de vigilia vemos que no sucedía nada real y, por lo tanto, no había nada que temer.

Nuestro mayor temor, por supuesto, es lo que le pueda pasar a nuestro cuerpo. Tememos su destrucción. Sin embargo, el mensaje de la crucifixión es: el cuerpo no es lo que somos. Somos espíritu y no podemos ser heridos o destruidos. **"Nada puede herirte a menos que le confieras ese poder"**. (T.20.IV.1.1) (UCDM OE T.20.V.28) **"Si escuchases Su Voz [la del Espíritu Santo] sabrías que tú no puedes herir ni ser herido, y que son muchos los que necesitan tu bendición para poder oír esto por sí mismos"**. (T.6.I.19.2) (ACIM OE T.6.II.16)

Este lugar de seguridad total está en nuestro sano juicio donde reside el Espíritu Santo. Dios no es una fuerza externa que tenemos que tratar de alcanzar. Solo tenemos que mirar nuestra tristeza, depresión, ira, culpa, miedo, ansiedad y cualquier pensamiento que perturbe nuestra mente y estar dispuestos a llevarlos a la verdad interior. Todos estos son pensamientos de miedo en varias formas. Estamos llamados a profundizar en la mente donde está Dios, debajo de las **"...cosas triviales que bullen y burbujan en la superficie de tu mente, y sumérgete por debajo de ellas hasta llegar al Reino de los Cielos"**. (L.47.7.3)

Somos parte de la Mente de Dios. No somos una figura en el sueño que parece estar viviendo en el mundo. Somos los soñadores de este sueño, y podemos escoger si elegimos al Espíritu Santo o al ego como nuestra guía para ver. Cuando ya no nos identificamos con el sueño, el miedo pierde sentido. No tiene fuente y por lo tanto sustancia. Nada fuera de Dios existe. El miedo es la creencia que sostenemos de que hay algo más que Dios y que tiene poder para vencer a Dios. Creemos que le hemos robado Su poder, lo hemos derrotado y nos hemos transformado a nosotros mismos. Con esta creencia viene la culpa y el miedo. Como resultado, inconscientemente invitamos al castigo a nuestras vidas. Pero ahora se nos da la respuesta, que es aceptar la Corrección y, a través del poder del perdón, finalmente llegamos al final de la culpa y nos damos cuenta de que nuestra inocencia siempre ha estado ahí. No nos hemos cambiado a nosotros mismos. El miedo y la inocencia son mutuamente excluyentes. No puede haber miedo en la mente inocente. Seguimos siendo el Santo Hijo de Dios. Lo que pensamos que hicimos al separarnos de nuestro Padre nunca sucedió, así que no hay base para el miedo.

Al afirmar que Dios es la fortaleza en la que confiamos, se nos recuerda quiénes somos en verdad. Se nos recuerda que nunca hemos usurpado el poder de Dios; Él no es un Dios castigador y enojado. No nos hemos corrompido a nosotros mismos, por lo que no hay necesidad de culpa.

Gran parte de la enseñanza religiosa tradicional se basa en el miedo. Se basa en la creencia de que Adán fue puesto en un lugar de tentación, lo que un Padre amoroso nunca haría. También se basa en la creencia de que a Jesús se le permitió sufrir y morir en la cruz por nuestros pecados, lo cual él refuta claramente en el Curso. Al volver a entrenar nuestra mente mediante la aplicación de estas enseñanzas, liberamos estas profundas "verdades" culturales y religiosas, que continúan perpetuando nuestro miedo. La única realidad de Dios es el Amor, y esa es nuestra única realidad. Somos creados a su imagen. Somos amor. No hay miedo. Esto no es real.

Hemos proyectado imágenes aterradoras sobre Dios y ahora somos reacios y temerosos de volvernos a Él. Este miedo no está conscientemente en nuestra conciencia, pero ahí está y necesita ser examinado. Lo hacemos analizando las áreas de nuestra vida que aún preferimos manejar por

nuestra cuenta, ya sean nuestras finanzas, nuestras relaciones, nuestra seguridad, nuestro trabajo, nuestros placeres, etc. En cada área, enumera tus temores y preocupaciones que surgen en tu mente acerca de lo que temes que podría suceder si entregaras totalmente tu voluntad independiente a Dios. Esto refleja nuestra desconfianza inconsciente en Dios. Todavía queremos estar a cargo de ciertos aspectos de nuestras vidas.

"Tú, hijo mío, tienes miedo de tus hermanos y de tu Padre y de ti mismo. Pero estás simplemente engañado con respecto a ellos y con respecto a ti mismo. Pregúntale al Maestro de la realidad lo que son ellos y lo que eres tú, y al escuchar Su respuesta, también tú te reirás de tus miedos y los reemplazarás con la paz. Pues el miedo no se encuentra en la realidad, sino en las mentes de aquellos niños que no entienden la realidad. Es únicamente su falta de entendimiento lo que les asusta, y cuando aprenden a percibir correctamente dejan de tener miedo. Y así, cuando vuelvan a tener miedo preguntarán de nuevo cuál es la verdad. No es la realidad de tus hermanos, ni la de tu Padre ni la tuya lo que te asusta. No sabes lo que son y debido a ello los percibes a ellos y a ti mismo como fantasmas, monstruos y dragones. Pregúntale cuál es su realidad a Aquel que la conoce, y El te dirá lo que ellos son. Pues tú no entiendes lo que ellos son, y, puesto que estás engañado con respecto a lo que ves, necesitas la realidad para poder desvanecer tus miedos". (T.11.VIII.14.1-10) (ACIM OE T.10.VIII.88)

"¿No intercambiarías tus miedos por la verdad, teniendo en cuenta que puedes lograrlo sólo con pedirlo? Pues si Dios no está engañado con respecto a ti, únicamente tú puedes estar engañado con respecto a ti mismo. Puedes, no obstante aprender del Espíritu Santo, cuál es la verdad acerca de ti, y El te enseñará que, al ser tú parte de Dios, el engaño no tiene cabida en ti". (T.11.VIII.15.1-3) (ACIM OE T.10.VIII.90)

Las instrucciones de práctica de hoy son para períodos de práctica breves, simples y frecuentes con los ojos abiertos siempre que puedas recordar la lección, y un minuto más o menos siempre que sea posible con los ojos cerrados, repitiendo la idea lentamente. Usa la idea inmediatamente si algo perturba tu paz. Lo que estamos haciendo en estos períodos de práctica es reconocer pensamientos de ira, depresión, tristeza o cualquier otra perturbación en la mente que represente el miedo que surge durante el día. Tan pronto como notes un pensamiento aterrador, rápidamente tráelo a la luz. Mantener un pensamiento de miedo es elegir al ego sobre el Espíritu Santo. Podemos hacer otra elección. Se trata de regresar de lo falso a la verdad interior.

Amor y bendiciones Sarah
huemmert@shaw.ca

Publicado en CORREO DIARIO DE LECCIONES por <http://www.jcim.net>
ÚNASE A LA LISTA DE CORREO AQUÍ: <http://bitly.com/CIMSMailingList-Signup>